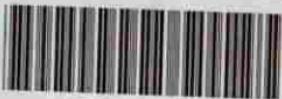


BOOK
QUICKS

2

PG 1323
A1
1887
4-12



1080003724



EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA

COMPUESTO
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

TERCERA EDICION

CORREGIDA

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA

TOMO II.



CON SUPERIOR PERMISO.
EN LA IMPRENTA DE LA ACADEMIA
POR LA VIUDA DE IBARRA, HIJOS Y COMPAÑIA.
MADRID MDCCLXXVII.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

863.3

C4197ch

GR 15 nov 78

v. 2

PQ6323

A1

V. 2

v. 2



FSBM

3724

3724

T A B L A

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

CAP. IX. Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla, que el gallardo Vizcaino y el valiente Manchego tuvieron.	1
CAP. X. De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero.	10
CAP. XI. De lo que sucedió á Don Quixote con unos cabreros.	20
CAP. XII. De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.	31
CAP. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcala, con otros sucesos.	42
CAP. XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.	58
CAP. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Yanguéses.	73
CAP. XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.	86
CAP. XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la ven-	

ta, que por su mal pensó que era castillo.	99
CAP. XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.	114
CAP. XIX. De las discretas razones que Sancho paraba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuervo muerto, con otros acontecimientos famosos.	132
CAP. XX. De la jamás vista ni oída aventura, que con mas poco peligro fué acabada del famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.	145
CAP. XXI. Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero.	169
CAP. XXII. De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.	189
CAP. XXIII. De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.	208
CAP. XXIV. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.	228
CAP. XXV. Que trata de las extrañas cosas, que en Sierra Morena suce-	

diéron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Balténbroz.	245
CAP. XXVI. Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.	274
CAP. XXVII. De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.	288



JANIL

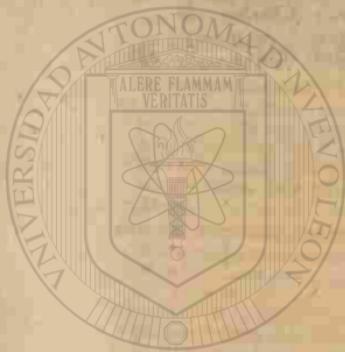
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO IX.

*Donde se concluye y da fin á la estúpida
batalla que el gallardo Vizcaino y el va-
liente Manchego tuvieron.*

Dexámos en la primera parte desta historia al valeroso Vizcaino y al famoso Don Quixote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirían y fenderían de arriba abaxo y abrirían como una grana-
da, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco, se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas: cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías por mas escondidas que fuesen: y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á el lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer, que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el qual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos, como *Desengaños de zelos*, y *Niñas y Pastores de Hénares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviere escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me

traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestras, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de acha y capellina, ó algun descumunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de texado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mi no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia: aunque bien sé que si el Cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara salto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con

atención la leyere. Pasó ptes el hallarla en esta manera.

Estando yo un día en el Alcara de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, vile con caracteres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir: preguntéle que de que se reia, y respondiome que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion: díxele que me la dixese, y él sin dexar la risa dixo: está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia esfirida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puerros que otra muger de toda la Man-*

cha. Quando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atonito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta imaginacion le di prisa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dixo que decia: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli historiadador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí quando llegó á mis oídos el titulo del libro, y saltándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo,

le truxo á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda del mismo modo que aqui se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcaino, puestos en la mesma postura que la historia cuenta; levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada; y la mula del Vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta: tenia á los pies escrito el Vizcaino un titulo que decia: *Don Sancho de Azpeyria*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quixote*: estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y llaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con quanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á el estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno á los pies del qual estaba otro rétilo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el tallo corto, y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza, y de Zancas, que con estos dos

sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor árabigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado fulto en ella que demasiado: y así me parece á mi, pues quando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, emula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta se que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible, y si algo bueno en ella faltare, para

mi tengo, que fué por culpa del galgo de su autor antes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico Vizcaino, el qual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérselle la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro Man-

chego, viéndose parar de aquella manera. No se diga mas sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el una montaña comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello, pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábasele con mucho sosiego mirando Don Quixote, y como lo vio caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dixo que se rindiese, si no que le cortaría la cabeza: estaba el Vizcaino tan turbado que no podía responder palabra, y el lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran

con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero: á lo qual Don Quixote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al Lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin por Doña Dulcinea, para que ella haga del lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedía, y sin preguntar quien Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado: pues en fe de esa palabra, yo no le hare mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De las graciosas razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mo-

zos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor Don Quixote; y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle victoria, y que en ella ganase alguna Insula de donde le hiciese Gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante del, y asiéndole de la mano se la besó y le dijo: sea Vuestra Merced servido; señor Don Quixote mio, de darme el gobierno de la Insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, quo por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado Insulas en el mundo. A lo qual respondió Don Quixote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á esta semejantes no son aventuras de Insulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer Gobernador, sino mas adelante. Agradecióse mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la faldá de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante,

y el subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hizolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: parecéme, señor que sería acertado irnos á retraer á alguna Iglesia, que según quedó mal trecho aquel con quien os comibatistes, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan; y á fe que si lo hacen, que primeramente que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has visto tú ó leído jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le víste á ninguno, solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotra no me entremeterá. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las ma-

nos de los Caldeos, quanto mas de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que Vuestra Merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á Vuestra Merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aqui traygo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quixote, si á mi se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorran tiempo y medicinas. ¿Que redoma, y que bálsamo es ese? dixo Sancho Panza. Es un bálsamo respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de

ferida alguna: y así, quando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sopleza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encaxallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del balsemo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dixo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que Vuestra Merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mi tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hazello. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mi, replico Sancho pues á que aguarda Vuestra Merced á hacerle y á enseñarme? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos

pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerse: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y un güento; mas quando Don Quixote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo dixo: yo hago juramento al criador de todas las cosas, y á los santos quatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: advierta Vuestra Merced, señor Don Quixote, que si el caballero cumplió lo que se le dexó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena sino comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien respondió Don Quixote, y así anuló el juramento, en quanto lo que toca á tomar del nueva venganza; pero hágole,

y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero: y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo Vuestra Merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no dígame ahora, si acaso en muchos dias no ropamos hombre armado con celada ¿que hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que Vuestra Merced quiere revalidar ahora? mire Vuestra Merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en eso, dixo Don Quixote, porque no habrémos estado dos horas por estas encrucija-

das, quando veamos mas armados que los que viniéron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa Insula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que quando faltare Insula, ahí está el Reyno de Dinamarca, ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé quantos mendrugos de pan, dixo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como Vuestra Merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: hágotte saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hu-

bieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se dexa entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mi me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballeria andante de sus quicios. Perdonéme Vuestra Merced, dixo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesion caballerescia, y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para Vuestra Merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó Don Quixote, que

sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltoles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirle al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su caballeria.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quixote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentose Don Quixote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dixo: porque veas, San-

cho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y quan á pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dixo Sancho, pero sé decir á Vuestra Merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas horas que Vuestra Merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de Vuestra Merced, con-

viértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo esto has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza: y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donayre y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quixote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hier-

ro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoces despedian de sí, sin otro artificio que el de su corteza, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del carro arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y es-

pacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleytar á los hijos que entónces la poseían. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortésanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mestrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládase con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaxe aun no se había sentado en el entendimiento del juez, por-

que entónces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas, y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion naciesse de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí por los resquicios ó por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huerfanos y á los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos caballeros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mi y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razón que con la voluntad á mi posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudie-

ra muy bien excusar) dixo nuestro caballero, porque las bellotas que le diéron, le truxéron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuviéron escuchando. Sancho asimesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote que en acabarse la cena, al fin de la qual uno de los cabreros dixo para que con mas veras pueda Vuestra Merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el qual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, quando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros si habia cenado, y respondió que sí. El que habia hecho los ofreci-

mientos le dixo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hemosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y asi te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

*Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amotos.*

*Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.*

*Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.*

*Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.*

*Abalanzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.*

*Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser qual imagino.*

*Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.*

*Porque, si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.*

*Como el amor y la gala
andan un mesmo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.*

*Dexo el baylar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.*

No cuento las alabanzas

*que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.*

*Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dixo:
tal piensa que adora un Ángel,
y viene á adorar á un rímio.*

*Merced á los muchos dizes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras
que engañan al amor mismo.*

*Desmentila, y enojóse,
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.*

*No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barragania,
que mas bueno es mi designio.*

*Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo,
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el nio.*

*Donde no, desde aquí juro
por el santo mas bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.*

Con esto dió el cabrero fin á su canto,
y aunque Don Quixote le rogó que algo

mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oír canciones. Y así dixo á su amor: bien puede Vuestra Merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quixote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo esto sería bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase: y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicandose las á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traían del aldea el bastimento, y dixo: sabéis lo que pasa en el Lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dixo uno. Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque según es fama (y él dicen que lo dixo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y también mandó otras cosas tales, que los Abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo qual

responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dexó mandado Grisóstomo; y sobre esto anda el pueblo alborotado: mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho; y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo ménos yo no dexaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos harémos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echarémos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dixo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia, sino á que no me dexa andar el garrancho que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dixese que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabía era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un Lugar que estaba en aquellas sierras, el qual habia sido estudiante muchos años

en Salamanca, al cabo de los quales habia vuelto á su Lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el crís del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no crís, el escurecerse esos dos lumináres mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimesmo adivinaba quando habia de ser el año abundante o estéril. Estéril quereis decir, amigo, dixo Don Quixote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allí. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo, en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada, el que viene será de guilla de acceyte, los tres siguientes no se cogera gota. Esta ciencia se llama *Astrologia*, dixo Don Quixote. No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabía, y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, quando un dia remaneció vestido de pastor con su ganado y pellico,

habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con el de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábase de decir como Grisóstomo el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Quando los del Lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de trage no había sido por otra cosa que por andarse por

estos despoblados empos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró de nantes, de la qual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroteos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza, quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replico Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dixé; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra: y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el qual se llamaba Guillermo, y al qual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de muy parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aque-

c ij

lla cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tío suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro Lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre que la tuyo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le había de pasar la de la hija: y así fué, que quando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecía á Dios que tan hermosa la había criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tío se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen christiano, aunque quisiera casarla luego,

así como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería, que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen Sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos Lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien del, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis que aunque el tío proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedían, rogándole que se casase, y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dexaba el tío de im-

portunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del Lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré bucnamente decir quantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el traje de Grisostomo, y la andan requiebrando por esos campos. Uno de los quales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del qual decian que la dexaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato: ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá ala-

bar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquivo de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirle y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben que decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros titulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviédesdes, señor, algun dia, veriares resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los de engañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela

la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Qual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embobecido y transportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana: y qual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso Cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destes, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la de nuestro zagal dixo que se decia de la cruzsa de la muerte de Grisóstomo. Y asi os aconsejo, señor, que no dexéis de halláros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde

manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradezcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. O! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dixese: y por ahora bien será que os vais á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo mas de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII.

*Donde se da fin al cuento de la pastora
Marcela con otros sucesos.*

Mas apenas comenzó á descubrirse el día por los balcones del oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantaron, y fueron á despertar á Don Quixote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quixote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso baston de acobo en la mano: venian con ellos asimesmo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegando á juntar, se saludaron cortesmen-

te, y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dixo: pareceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tar-danza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mi, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un día, pero de quatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, que era lo que habian oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dixo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por que iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente el contó todo lo que Pedro á Don Quixote habia contado, Cesó esta plática, y comen-

zóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quixote, que era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo qual respondió Don Quixote: la profesion de mi exercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allí se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyéron esto, quando todos le tuvieron por loco, y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que que quería decir caballeros andantes. No han vuestras mercedes leído, respondió Don Quixote, los anales é historias de Inglaterra donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reynar, y á cobrar su reyno y cetro: á cuya

causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun Ingles muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen Rey fué instituida aquella famosa orden de caballeria de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores, que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quinafona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote,
quando de Bretaña vino,*

con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amores y fuertes fechos. Pues desde entónces, de mano en mano fué aquella orden de caballeria extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero

Don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la orden de su caballería, en la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesión, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profesó yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quixote salto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo qual recibieron la mesma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba á llegar á la sierra del entiero, quiso darle ocasión á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dixo: pareceme, señor caballero andante, que Vuestra Merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió

nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al Cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas: no debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano, y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en execucion sino sudando, afamando y trabajando, sigue que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios, favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco,

que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser Emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por que de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante: pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que quando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada christiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quixote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciere:

que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente; como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dexar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas: y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dexar de

venir al suelo: y no sé yo como el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debía y estaba obligado como christiano: quanto mas que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quixote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviere sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como saltador y ladrón. Con todo eso, dixo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. Á lo

qual respondió nuestro Don Quixote: señor, una golondrina sola no hace verano: quanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, quantas bien le parecían, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion averiguado está muy bien que él tenía una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la qual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dixo el caminante, bien se puede creer que Vuestra Merced lo es, pues es de la profesion: y si es que Vuestra Merced no se preciá de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como Vuestra Merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don Quixote, y dixo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto

comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un Lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reyna y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo: A lo qual respondió Don Quixote: no es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas, y Ursinos, ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña, ni ménos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia, y Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Utreas, Foces, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Castilla: Alencas-

tros, Pallas, y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puedo dar generoso principio á las mas illustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie la mueva que estar no pueda con Roldán á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atención iban escuchando todos los demas la platica de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote. Solo Sancho Panza pensaba que quanto su amo decia era verdad, sabiendo él quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento: y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal Princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban quando vieron

que por la quiebra que dos altas montañas hacían, baxaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció eran qual de texo, y qual de cipres. Entre seis dellos traían unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se diéron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y quatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibieronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quixote y los que con él venían se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Al rededor del tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados: y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura,

y todos los demas que allí había, guardaban un maravilloso silencio; hasta que uno de los que al muerto truxéron dixo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dixo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio: que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dixo él, que vio la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdefiar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quixote, y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de una alma en quien el Cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, férnix en la amistad, magnifico sin tasa, grave

sin presunción, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido, adorado, fué desdenado, rogó á una fiera, importuno á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitude, de quien alcanzo por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la qual dió fin un pastor, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usáreis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso: y no le zuclera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dexó en su testamento mandado. Asi que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cum-

plais como indiscreto: antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despendaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia se puede sacar quanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, y la fe de la amistad vuestra, con el paradoxo que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisostomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y mi curiosidad y de lástima dexamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo, y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te louplicó de mi parte, que dexando de abrazar estos papeles, me dexes llevar algunos

dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban: viendo lo qual Ambrosio dixo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo que deseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego el uno dellos, y vió que tenía por título: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio y dixo: ese es el último papel que escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seas oído, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió qué así decía.

CAPÍTULO XIV.

*Donde se ponen los versos desesperados del
ajunto pastor, con otros no esperados
suos.*

DE CANCIÓN DE GRISÓSTOMO.

*T*a que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,

*Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mío un son doliente,
Con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz ira el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.*

*Escucha pues, y presta atento oído
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mío sale y tu despecho.*

*El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrible
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algún monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:*

*Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, y el triste canto
Del envidiado bulo, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,*

dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban: viendo lo qual Ambrosio dixo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo que deseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego el uno dellos, y vió que tenía por título: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio y dixo: ese es el último papel que escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seas oído, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió qué así decía.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del
ajunto pastor, con otros no esperados
sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

*T*a que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,

*Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mío un son doliente,
Con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz ira el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.*

*Escucha pues, y presta atento oído
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mío sale y tu despecho.*

*El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrible
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algún monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:*

*Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del envidiado bulo, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,*

Para cont'alla pide nuevos modos.

De tanta confuson, no las arenas

Del padre Tajo ciran los tristes ecor,

Ni del famoso Bétis las oivras:

Que allí se esparcieran mis duras penas

En altos rascos y en profundos huecos,

Con nuerva lengua y con palabras vivas,

O ya en escuros rualles, ó en esquivas

Playas desnudas de contrato humano,

O donde el sol jamas mostró su lambie,

O entrada venenosa muchelumbre

De fieras que alimenta el libre llano:

Que pua sto que en los páramos de rierros

Los ecos roncós de mi mal incierros

Suenen con tu rigor tan sin segundo,

Por privilegio de mis ciertos hados,

Seran llevados por el ancho mundo.

Mata mi desden, atierra la paciencia

O verdadera ó falsa una sospecha:

Matan los zelos con rigor mas fuerte,

Desconcierta la vida larga ausencia,

Contra un temor de olvido no aprovecha

Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte:

Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo

Zeloso, ausente, desdenado y cierto

De las sospechas que me tienen muertas:

Y en el olvido mi fuego vivo,

Y entre tantos tormentos, nunca alejanza.

Mi vista á ver en sombra á la esperanza:

No yo desesperado la procuro:

Antes por extremarme en mi quereña,

Estar sin ella eternamente juro.

¿Puedese por ventura en un instante

Esperar y temer, ó es bien hacerlo,

Siendo las causas del temor mas ciertas?

¿Tengo, si el duro zelo está delante,

De cerrar estos ojos, si he de vello

Por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quien no abrirá de par en par las puertas

A la desconfianza, quando mira

Descubierto el desden, y las sospechas

¡Ó amarga conversacion! verdades hechas,

Y la limpia verdad vuelta en mentira?

¿O en el reyno de amor fieros tiranos

Zelos! poncáme un hierro en estas manos,

Dame, desden, una torcida sogá,

¡Mas ay de mí! que con cruel victoria

Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin, y porque nunca espere

Buen suceso en la muerte ni en la vida,

Pertinaz, estaré en mi fantasia!

Dize que va acertado el que bien quiere,

Y que es mas libre el alma mas vendida

A la de amor antigua tiranía.

Dize que la cuenúga siempre mía,

Hermosa el alma como el cuerpo tiene,

Y que su olvido de mi culpa nace,

*Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.*

*Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo*

*A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin laurel ó palma de futuros bienes.*

*Tú que con tantas rimazones muestras
La razón que me fuerza á que la haga
A la cansada vida que aborrezco:*

*Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazón profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:*

*Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.*

*Antes con risa en la ocasión funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.*

*Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida*

*En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo*

*Tántalo con su sed, Sísifo vengas
Con el peso terrible de su canto,*

*Ticio trayga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,*

*Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.*

*Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contra punto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la mercede un amador difunto.*

*Cancion desesperada, no te quejes
Quando mi triste compañía dexes;
Antes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.*

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dixo que no le parecia que conformaba con la relacion, que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo qual respondió Ambrosio, como áquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais esa duda, es bien que sepais que quando este desdichado es-

cribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisostomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas: y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregonaba de la bondad de Marcela: la qual fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdenosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Viraldó, y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habían visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, quando con muestras de ánimo indignado le dixo ¿vienes á ver por

ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu concicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado Nero el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó que es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisostomo jamas dexaron de obedecerle en vida, haré que aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mi misma, y á dar á entender quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisostomo me culpan: y así ruego á todos los que aqui estáis me escuchéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad á los discretos. Hizome el Cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameís os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís y aun

quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quierote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en qual habian de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es; porque quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decís que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el Cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amá-

hades? Quanto mas, que habeis de considerar que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el Cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella: y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni el quemado, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma sin las quales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean; ¿porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogi la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. Á los que he enamorado con la vista he desengañado

con palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin ¹² de ninguno dellos, bien se puede decir: que ántes le mató su porfia que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á responder á ellos, digo que quando en ese mesmo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intencion, le dixé yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este desengaño quiso portar contra la esperanza, y navegar contra el viento; que mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsar si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfio desengañado, desespero sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quejese el engañado, desesperese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ulánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito.

El Cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aqui adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama ingrata no me sirva, el que desconocida, no me conozca, quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo; porque se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles; porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me en-

trétego con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dexando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos diéron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifesto desengaño que habian oido. Lo qual visto por Don Quixote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballeria socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é inteligibles voces dixo: ninguna persona, de qualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, sopena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y quan agena vive de condescender con los deseos

de ninguno de sus amantes: á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambrosio les dixo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerráron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dixo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

*Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fúe pastor de ganado,
perdido por desamor.*

*Murió á manos del rigor
de una esquivá hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.*

Luego esparciéron por cima de la sepultura

ra muchas flores, y ramos, y dando todos el pesame á su amigo Ambrosio se despidieron del. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los quales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dixo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltó de que tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte ¹².

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topár con unos desalmados Yanguiséses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mesmo bosque donde viéron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por el buscándola por todas partes sin poder hallarla, viniéron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta que rigorosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quixote y Sancho, y dexando al jumento y á Rocinante á sus anchuras paecer de la mucha yerba que allí habia, diéron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le cono-

cia por tan manso y tan poco rixoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestar con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quixote era muy á propósito de los Yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre sin pedir licencia á su dueño tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas que á lo que pareció debían de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le diéron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían vis-

to, llegaban hijadeando, y dixo Don Quixote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baxa ralea: digolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Que diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros, sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los Yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza incitado y movido del exemplo de su amo: y á las primeras dió Don Quixote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los Yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia; verdad es que al segundo toque diéron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á Don Quixote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los

pies de Rocinante que aun no se había levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los Yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dixo: señor Don Quixote, ah señor Don Quixote. Que quieres, Sancho hermano, respondió Don Quixote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que Vuestra Merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene Vuestra Merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo ¿que nos faltaba? respondió Don Quixote: mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en quantos le parece á Vuestra

Merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mi sé decir, dixo el molido caballero Don Quixote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballeria, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo: por lo qual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos, y es que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias, hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dexase de responder diciendo:

señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar: así que seale á Vuestra Merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, ó haya de hacer persona alta ó baxa, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacará tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Islas que te tengo prometida, ¿que sería de ti, si ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus inju-

rias, y defender tu señorío: porque has de saber, que en los reynos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar venturas: y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que Vuestra Merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire Vuestra Merced si se puede levantar, y ayudáremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque el fué la causa principal de todo este molimiento: jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quien dixera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como Vuestra Merced dió á aquel desdichado andante, habia de ve-

nir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y olandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, que digo imagino, sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballeria, dígame Vuestra Merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mi que á dos cosechas quedarémos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni ménos está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar,

de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio, y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debaxo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero: así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la

ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal. No me diéron á mi lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, quando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues que mayor desdicha puede ser, replico Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que

la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déxate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quixote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante: de lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dixo Don Quixote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mi desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis heridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa quando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debía de ir caballero, como Vuestra Mer-

ced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. A lo qual respondió Don Quixote: las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agrade encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á V.uestra Merced, dixo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destes fué Amadis, quando llamándose Belte-nebros se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor que le hizo la señora Oriana: pero dexemos ya esto, Sancho, y aca-

ba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí sería el diablo, dixo Sancho, y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pesetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo ^{de} destraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el qual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de réata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á menos hácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrió una venta que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfia que tuvieron lugar sin acabar de llegar á ella, en la qual San-

cho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vio á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho que mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caída de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus próximos: y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas: no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas

de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quixote: y luego la ventera y su hija le emplastraron de arriba abaxo alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la Asturiana: y como al bismalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que caída. No fuéron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su

cardenal, y tambien le dixo: haga Vuestra Merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mi un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser eso, dixo la doncella, que á mi me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quixote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la Asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Que es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis

vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado, y Emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reynos que dar á su escudero. ¿Pues como vos, siéndolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es, que si mi señor Don Quixote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrucho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor titulo de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dixo: creedme, fermosa señora, que os potete llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi

memoria el servicio que me habédes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare: y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritórnes, oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguaje mirábanle, y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con ventriles razones sus ofrecimientos, le dexaron, y la Asturiana Maritórnes curó á Sancho que no menos lo había menester que su amo. Había el arriero concertado con ella, que aquella noche se refociliaran juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos, le iría á buscar y satisfacerle el gusto en quanto le mandase. Y cuenta se desta buena moza, que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliere, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque pre-

sumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta: porque decia ella, que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enca, y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, muy gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiadador muy curioso, y muy puntual en todas cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, conser tan minimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podrán tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dexándose en el tintero,

ya por descuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien ha-
ya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ri-
camonte*, y aquel del otro libro, donde se
cuentan los hechos del *Conde Tonillas* y
con que puntualidad lo describen todo! Di-
go pues, que despues de haber visitado el
arriero á su recua, y dádele el segundo
pienso, se tendió en sus enxalmas, y se dió
á esperar á su puntualísima *Maritónes*. Ya
estaba Sancho biznado y acostado, y aun-
que procuraba dormir, no lo consentia el
dolor de sus costillas: y Don Quixote con
el dolor de las suyas tenía los ojos abier-
tos como liebre. Toda la venta estaba en
silencio, y en toda ella no habia otra luz
que la que daba una lámpara, que colgada
en medio del portal ardía. Esta maravillosa
quietud y los pensamientos que siempre
nuestro caballero traía de los sucesos que
á cada paso se cuentan en los libros, auto-
res de su desgracia, le truxo á la imagi-
nacion una de las extrañas locuras que fue-
namente imaginarse pueden: y fite, que él
se imaginó haber llegado á un famoso cas-
tallo (que como se ha dicho, castillos eran
á su parecer todas las ventas donde aloja-
ba) y que la hija del ventero lo era del se-
ñor del castillo, la qual vencida de su gen-

tileza se habia enamorado dél, y prometi-
do que aquella noche á furto de sus padres
vendría á yacer con él una buena pieza: y
teniendo toda esta quimera, que él se ha-
bia fabricado, por firme y valedera, se co-
menzó á acuitar, y á pensar en el peligroso
trance en que su honestidad se habia de ver,
y propuso en su corazon de no cometer
alevosia á su señora *Dulcinea del Toboso*,
aunque la mesma Reyna *Ginebra* con su da-
ma *Quintañona* se le pusiesen delante. Pen-
sando pues en estos disparates, se llegó el
tiempo y la hora (que para el fué mengua-
da) de la venida de la Asturiana, la qual
en camisa y descalza, cogidos los cabellos
en una albanega de fustan, con táticos y
atentados pasos entró en el aposento donde
los tres alojaban, en busca del arriero: pero
apenas llegó á la puerta, quando Don Qui-
xote la sintió, y sentándose en la cama á
pesar de sus bizmas, y con dolor de sus
costillas, tendió los brazos para recibir á
su fermosa doncella la Asturiana, que toda
recogida y callando iba con las manos de-
lante buscando á su querido: topó con los
brazos de Don Quixote, el qual la asió
fuertemente de una muñeca; y tirándola
hácia sí, sin que ella osase hablar palabra,
la hizo sentar sobre la cama: tentóle lue-

go la camisa, y aunque ella era de arpillerá, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le diéron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía, y el aliento, que sin duda alguna oía á ensalada siambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo, que lo que había leído en sus libros de la otra Princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos: y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecía que tenía entre sus brazos á la Diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habédes fecho; pero ha que-

rído la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible: y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despiertos sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decía, y zeloso de que la Asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don Quixote, y estúvose quedo, hasta ver en que paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la

burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adonde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas á Maritornes, la qual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retor-

no á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbré del candil del ventero qual andaba su dama, desando á Don Quixote, acudió á darle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron ascúras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dexaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus titulos, y entró ascúras en el

aposesto diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa Hermandad, y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tienta mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, mirén no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retírose el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho: solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delinquentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara quando se retiró á su estancia, y fuele forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el día ántes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? Que tengo de dormir pesa á mi, respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quixote, porque ó yo se poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber... mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte. Si juro, respondió Sancho. Dígolo, respondió Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que si juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues

de los días de Vuestra Merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía, y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mi vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Que te podria decir del adorno de su persona! ¿que de su gallardo entendimiento! ¿que de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dexaré pasar intacta y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcissimos y amorosissimos coloquios, sin que yo la viese, ni

supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentome una puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte que estoy peor que ayer quando los arrieros que por demasias de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado: pero dígame, señor ¿como llama á esta bueta y rara aventura, habiéndole quedado della qual quedámos? Aun Vuestra Merced ménos mal, puerativo en sus nantos aquella incomparable fermosura que ha dicho: pero yo ¿que tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quixote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linage? dixo Sancho. No

tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo haré ahora el balsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabo en esto de encender el candil el quadrillero, y entro á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho; sino digatelo mis espaldas. También lo podrian decir las mias, respondió Don Quixote; pero no es bastante indicio eso para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llego el quadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aún Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegose á él el quadrillero, y dixole: pues ¿como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió Don Quixote, si fuera que vos usase en esta tierra hablar desafortado á

los caballeros andantes, majadero? El quadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su acoyte dió á Don Quixote con él en la cabeza, de suerte que le dexó muy bien descalabrado, y cómo todo quedó á oscuras, salióse luego, y Sancho Panza dixo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no halláremos de quien vengármos aunque mas lo procuremos: levántate Sancho si puedes, y llama al Alcayde desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de acoyte, vino, sal y romero, para hacer el salutífero balsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á oscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el quadrillero, que estaba escuchando en que paraba su enemigo, le

dixo: señor, quien quiera que seáis, ha-
cednos merced y beneficio de darnos un
poco de romero, aceyte, sal y vino que
es menester para curar uno de los mejo-
res caballeros andantes que hay en la tier-
ra, el qual yace en aquella cama mal fe-
rido por las manos del encantado moro
que está en esta venta. Quando el quadri-
llego tal oyo, tuvole por hombre salto de
sespe, y porque ya comenzaba á amañecer,
abrió la puerta de la venta, y llamando
al ventero le dixo lo que aquel buen hom-
bre quería. El ventero le proveyó de quan-
to quiso, y Sancho se lo llevó á Don Qui-
xote que estaba con las manos en la ca-
beza, quejándose del dolor del candilazo,
que no le habia hecho mas mal que leván-
tate dos chichones algo crecidos, y lo
que él pensaba que era sangre, no era
sino sudor que sudaba con la congoja de
la pasada tormenta. En resolución, el to-
mo sus simples, de los quales hizo un
compuesto, mezclándolos todos y cocien-
dolos un buen espacio, hasta que le pare-
ció que estaban en su punto. Pidió luego
alguna redoma para echallo, y como no
la hubo en la venta, se resolvió de po-
nello en una alcuza ó aceytera de hoja de
lata, de quien el ventero le hizo grata do-

nacion: y luego dixo sobre la alcuza mas
de ochenta Pater nostres y otras tantas
Ave Marias, Salves y Credos, y á cada
palabra acompañaba una cruz á modo de
bendición: á todo lo qual se hallaron pre-
sentes Sancho, el ventero y quadrillero,
que ya el arriero sosegadamente andaba
entendiendo en el beneficio de sus machos.
Hecho esto, quiso el mesmo hacer luego
la experiencia de la virtud de aquel pre-
cioso bálamo que él se imaginaba, y así
se bebió de lo que no pudo caber en la
alcuza, y quedaba en la olla donde se ha-
bia cocido casi mediz azumbre, y apenas
lo acabó de beber, quando comenzó á vo-
mitar de manera que no le quedó cosa en
el estómago, y con las ansias y agitación
del vómito le dió un sudor copiosísimo,
por lo qual mandó que le arropasen y le
dexasen solo. Hicieronlo así, y quedose
dormido mas de tres horas, al cabo de
las quales despertó, y se sintió aliviadísi-
mo del cuerpo, y en tal manera mejor de
su quebrantamiento que se tuvo por sano,
y verdaderamente creyó que habia acerta-
do con el bálamo de Pierabras, y que con
aquel remedio podia acometer desde allí
adelante sin temor alguno qualesquiera rui-
nas, batallas y pendencias por peligrosas

que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quixote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco ménos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora, y viéndose tan alligido y congojado, maldecía el hálamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así Don Quixote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, por que tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabía Vuestra Merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, para que consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entránhas, canales con tanta priesa, que la estera de enca sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria

fuéron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida: duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero Don Quixote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en el menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo: y así forzado deste deseo el mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudo á vestir y á subir en el asno: pusóse luego á caballo, y llegándose á un rincón de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos quantos había en la venta, que pasaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que de-

bia de ser del dolor que sentia en las cogi-
 llas, á lo ménos pensabanlo aquellos que
 la noche ántes le habian visto bizmar.
 Ya que estuviéron los dos á caballo, pues-
 to á la puerta de la venta llamó al ven-
 tero, y con voz muy reposada y grave
 le dixo: *mitachas* y muy grandes son las
 mercedes, señor Alcalde, que en este
 vuestro castillo he recibido, y quedo obli-
 gadísimo á agradeceroslas todos los dias de
 mi vida: si os las puedo pagar en ha-
 ceros vengado de algun soberbio que os haya
 fecho algun agravio, sabed que mi oficio
 no es otro sino valer á los que poco pue-
 den, y vengar á los que reciben ruegos
 y castigar alevosías: recorred vuestra me-
 mora, y si hallais alguna cosa deste juez
 que encomendarme, no hay sino decilla,
 que yo os prometo por la orden de cabal-
 lero que recebi, de faceros satisfecho y
 pagado á toda vuestra voluntad. El ven-
 tero le respondió con el mismo sosiego:
 señor caballero, yo no tengo necesidad de
 que Vuestra Merced me venga ningun
 agravio, porque yo sé tomar la venganza
 que me parece, quando se me hacen: solo
 me menester que Vuestra Merced me pa-
 gue el gasto que esta noche ha hecho en la
 venta, así de la paja y cebada de sus dos

bestias, como de la cena y camas. ¿Lue-
 go venta es esta? replicó Don Quixote. Y
 muy honrada, respondió el ventero. Engañ-
 ñado he vivido hasta aquí, respondió Don
 Quixote, que en verdad que pensé que
 era castillo, y no malo: pero pues es así
 que no es castillo sino venta, lo que se
 podrá hacer por ahora es que perdoneis
 por la paga, que yo no puedo contraven-
 nir á la orden de los caballeros andantes,
 de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora
 haya leído cosa en contrario) que jamas
 pagaron posada, ni otra cosa en venta don-
 de estoviesen, porque se les debe de fue-
 ro y de derecho qualquier buen acogimien-
 to que se les hiciere, en pago del insufri-
 ble trabajo que padecen, buscando las aven-
 turas de noche y de dia, en invierno y en
 verano, á pie y á caballo, con sed y con
 hambre, con calor y con frío, sujetos á
 todas las inclemencias del cielo, y á todos
 los incómodos de la tierra. Poco tengo yo
 que ver en eso, respondió el ventero: pá-
 guese me lo que se me debe, y dexémonos
 de cuentos ni de caballerías, que yo no
 tengo cuenta con otra cosa que con cobrar
 mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hos-
 talero, respondió Don Quixote, y ponien-
 do piernas á Rocinante, y terciando su

lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese: y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vio ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el qual dixo, que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo el escudero de caballero andante como era, la misma regla y razon corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraría de modo que le pesase. A lo qual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo había recebido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la hería de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, malcante y juguetona, los qua-



Sancho y su escudero en el corral.

L. V. del Rey.

les casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con el como con perro por carnestolendas. Las voces que el misero manteado daba fueron tantas que llegaron á los oidos de su amo, el qual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, quando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle baxar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dexara, tengo para mí que se riera. Probo á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun

apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos demuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansado le dexaron. Truxéronle allí su asno, y subiéronle encima, le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aqui tengo el santísimo bálsamo (y enseñábele la alcuza del brebage) que con dos gotas que del bebas sanaras sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: por dicha, hasele olvidado á Vuestra Merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déxeme á mí: y el acabar de

decir esto, y el comenzar á beber todo fue uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogo á Maritornes que se le truxese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pago de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tema unas sombras y léjos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote le dixo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿que podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confírmelo esto, por haber visto que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballeria, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra

quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude: aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como Vuestra Merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar quando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamientos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho, y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernó á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de Zeca en Meca y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaque

de caballería: calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos quan honrosa cosa es andar en este exercicio: si no, dime ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó Vuestra Merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la del Vizcaino, y aun de aquella salió Vuestra Merced con media oreja y media celada ménos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el mantecamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo; como Vuestra Merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quixote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun género de encanta-

mentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y Vuestra Merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papeñ duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el Cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero, quando vió Don Quixote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dixo: este es el día, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿ Ves aquella polvareda que

allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta, dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían, las quales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, ¿pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho,

que este que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana, este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues porque se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho, ¿pero donde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dixo

Don Quixote, lo que puedes hacer del es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exercitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que alli se hace, de donde se deben de descubrir los dos exercitos. Hicieronlo así, y pusieronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hicieron exercito, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzo á decir: aquel caballero que alli ves de las armas jaldés, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros gigantes que está á su derecha mano, es el nunca me-

droso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribo Sanson quando con su muerte se vengo de sus enemigos: pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro exercito al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quartelos azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miau* ¹⁶, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miullina hija del Duque de Alfeniquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronias de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparra-

guera con una letra en castellano que dice así: *Rasirea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aqui están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Masilicos campos, los que criban el finisimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del elaro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etiopes de horzados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los

que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Eli-seos xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y quantas provincias dixo, quantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dixo: señor, encomiando al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos Vuestra Merced dice parece por todo esto, á lo ménos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamiento, como las fantasmas de anoche. ¿Como

dices eso? respondió Don Quixote; no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos ²² del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte, y dexame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, baxó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: vuélvase Vuestra Merced, señor Don Quixote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró; que locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; que es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote, ántes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguís y militáis debaxo de



las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis quan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo como si de véras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descifñéronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, ántes discurrendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dandole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal tracho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordandose de su licor, sacó su alcuza y púsesela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de envasar lo que á el le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en

la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo que le fué torzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse á el los pastores, y creyeron que le habían muerto, y así con mucha prisa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fuéron. Estaba todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer: viéndole pues caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y dixole: no le decía yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la glo-

ria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor, llégate á mi, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estomago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa Maria! dixo Sancho: ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber, y fué tanto el asco

que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrámbos como de perlas. Acto-dió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldixose de nuevo, y propuso en su corazón de dexar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Insula. Levantose en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas, y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo: síbete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado

mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mi me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas; ¿Como no? respondió Sancho: ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ¿Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Si que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respondió Sancho, quando faltaran por estos prados las yerbas que Vuestra Merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como Vuestra Merced es. Con todo eso, respondió Don Quixote, tomara yo ahora mas aína un quartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios que es proveedor de todas las cosas no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del

agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era Vuestra Merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como Vuestra Merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni mantecadores, ni fantasmas, ni moros encantados: que si los hay daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu elección el alojamiento; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dixo: quantas muelas solia Vuestra Mer-

ced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire Vuestra Merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene Vuestra Merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo! dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor

de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse prisa, quiso Sancho entrettenelle y divertirle diciendole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Pareceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por Vuestra Merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue y Vuestra Merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en

tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la orden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sancho, mire Vuestra Merced no se le tome á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con Vuestra Merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que no había de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalorage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna oscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera,

la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, viéron que por el mesmo camino que iban venían hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasóse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocín, y estuviéron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y viéron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecían, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le crizaron á Don Quixote, el qual animándose un poco dixo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adonde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde po-

dré yo como quisiere esgremir ¹² mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dixo Sancho; que aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornáron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubriéron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el qual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear, quando distintamente viéron lo que era, porque descubriéron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venía una litera cubierta de luto, á la qual seguían otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien viéron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despo-

blado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en quanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á el solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y quando los vió cerca alzó la voz y dixo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos fecieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos y no nos podemos detener á dar tanta

cuenta como pedis, y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quixote, y trabando del freno dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los pies dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con el en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dexaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los dé las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobsas, no se podian

mover, así que muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como el dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, sino que le mataria, á lo qual respondió el caído: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á Vuestra Merced, si es caballero christiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy Licenciado y tengo las primeras ordenes. ¿Pues quien diablos os ha traído aqui, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quien, señor? replicó el caído, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si no me satisfacéis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad será Vuestra Merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así

sabrà Vuestra Merced, que aunque denantes dixé que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyéron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia de donde es natural. ¿Y quien le mató? preguntó Don Quixote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le diéron, respondió el Bachiller. Desá suerte, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara: y quiero que sepa Vuestra Reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues á mí

de derecho me habeis vuelto tuerto, dexándome una pierna quebrada, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mi habeis deshecho, ha sido dexarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como ventadas de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiéndos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á Vuestra Merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de dexaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote; y hasta quando aguardabades á decirme vuestro afán? Dió luego

voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repueso que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula; y poniéndole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dixo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Dixole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles Vuestra Merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la triste Figura*. Con esto se fué el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho, que que le habia movido á llamarle *El Caballero de la triste Figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene Vuestra Merced la mas mala

figura de poco acá, que jamas he visto y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quixote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar. el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: qual se llamaba *El de la Ardiente Espada*, qual *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fenix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra: y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante, y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hacer pintar, quando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para que gastar tiempo ²² y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que Vuestra Merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán

El de la Triste Figura: y créame que le digo verdad, porque le prometo á Vuestra Merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo proposito de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y dioxle: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis suadente diabolo etc.* aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon, quanto mas, que yo no pensé que ofendia á Sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro, como catolico y fiel christiano que soy, sino á fantasmas y á vestigios del otro mundo, y quando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz quando quebró la silla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el Bachiller se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.

Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, Vuestra Merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarlos, y nos diesen en que ²² entender: el jumento está como conviene, la montaña ²² cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el qual pareciéndole que Sancho tenía razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fambarrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se de-

xan mal pasar) en la acémila de su re-
puesto traian; mas sucediòles otra desgra-
cia, que Sancho la tuvo por la peor de
todas, y fué que no tenian vino que be-
ber, ni aun agua que llegar á la boca, y
acosados de la sed, dixo Sancho, viendo
que el prado donde estaban estaba colma-
do de verde y menuda yerba, lo que se
dirá en el siguiente capitulo,

CAPÍTULO XX.

*De la jamas vista ni oida aventura que
con mas poco peligro fué acabada de famo-
so caballero en el mundo, como la que acabó
el valeroso Don Quixote de la Mancha.*

No es posible, señor mio, sino que es-
tas yerbas dan testimonio de que por aqui
cerca debe de estar alguna fuente ó arro-
yo que estas yerbas humedece, y así será
bien que vamos un poco mas adelante, que
ya toparemos donde podamos mitigar esta
terrible sed que nos fatiga, que sin duda
causa mayor pena que la hambre. Pareció-
le bien el consejo á Don Quixote, y to-
mando de la rienda á Rocinante, y Sancho
del cabestro á su asno, despues de haber
puesto sobre él los relieves que de la cena

quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba; alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia que parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguo el contento del agua, especialmente á Sancho que naturalmente era medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acom-

pañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos hicieron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destes árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos, las quales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á

infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte; quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras: pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los quales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle: señor, yo no sé porque quiere Vuestra Merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino, y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes: quanto mas que yo he oído predicar al

Cura de nuestro Lugar, que Vuestra Merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el Cielo con Vuestra Merced en librarle de ser mantenido como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto: y quando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer, que apenas se habrá Vuestra Merced apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo sali de mi tierra y dexé hijos y muger por venir á servir á Vuestra Merced, creyendo valer mas, y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mi me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las temia de alcanzar aquella negra y mal hadada Isula que tantas veces Vuestra Merced me ha prometido, veo que en pago y truco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me haga tal desguisado, y ya que del todo no quiera Vuestra Merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos

hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendi quando era pastor, no debe de haber desde aqui al alba tres horas, porque la boca de la bociña está encima de la cabeza, y hace lá media noche en la linea del brazo izquierdo. ¿ Como puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa linea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Asi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aqui al dia. Faltare lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero: y asi te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en razon de acometer ahora está tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza; lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última res-

olucion de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así, quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ámbos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dixo: ea señor, que el Cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojár á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo lloré lo que ella tardare en venir. No hay

que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á Vuestra Merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿Á que llamas apear, ó á que dormir? dixo Don Quixote: soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje Vuestra Merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixé por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo qual Sancho dixo que si le dexara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano

es la mejor de las historias, y estéme Vuestra Merced atento que ya comienzo: érase que se era; el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta Vuestra Merced, señor mio, que el principio que los antiguos diéron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano que dice: *y el mal para quien lo fuere á buscar*, que viene aqui como anillo al dedo, para que Vuestra Merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame á mi el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. Si desá manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces

lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que Vuestra Merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocíste la? dixo Don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dixo que era tan cierto y verdadero, que podía bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que yendo días y viniendo días, el diablo que no duerme y que todo lo afiasca hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella

le dió, tales que pasaban de la raya, y llegaban á lo vedado, y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamás: la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condición de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los Reynos de Portugal: la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguiale á pie y descalza desde los ojos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no se que botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la

otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vio un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga Vuestra Merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra del: sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que ha pasado todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo desta manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé, respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixé, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado

el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió Don Quixote: tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á Vuestra Merced que me dixese quantas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho: mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba

do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y el tornó á dar saltos, y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y desco de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada cotrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitandosela, diéron luego abaxo, y se le quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrámbas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y an-

gustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyolo Don Quixote y dixo ¿que rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y co-sido con él, que casi por linea recta subían los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado, quando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gángoso dixo: pareceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho; mas en que lo echa de ver Vuestra Merced ahora

mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino Vuestra Merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retirate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aqui adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mía, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa Vuestra Merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es menearlo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tieno desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque el de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzo á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer: viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de

descubriese el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escuara: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tomando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento ántes que saliera de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Insula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito y fin

de aquel negocio. Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos christiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía. Seguiale Sancho á pie llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas, y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, diéron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotose Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fue llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de

camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduviéron, quando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspenso y medroso toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció y pasmose de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse; y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los pu-

ños por no reventar ⁴⁴ riendo. Quatro veces sosego, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyó decir, como por modo de fisa: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla del, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le aseró dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amor no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sigüese Vuestra Merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burláis, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre: paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan,

otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el animo que convenia para emprenderla y acaballa? Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mi la burla que quisieredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo riesuño en demasia; pero digame Vuestra Merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta: no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo ménos el que yo tuve, que de Vuestra Merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas

que sepan poner en su punto las cosas. Á lo menos, respondió Sancho, supo Vuestra Merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oído decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas, ó reynos en tierra firme. Tal podría correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniere á ser verdad, y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo

estimar en mas: si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fué de la Insula firme, y se lee del que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues que diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto Vuestra Merced dice, dixo Sancho, pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) quanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos,

y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir. No creó yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuvieren á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballeria, y no querria que por pocas cosas pensase mi ánima en el otro mundo, porque quiero que sepas, Sancho, que en el no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es Vuestra Merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de Vuestra Merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desta manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun el apenas le hubo visto, quando se volvió á Sancho y le dixo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre: digolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor

y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir. No creó yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuvieren á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballeria, y no querria que por pocas cosas pensase mi ánima en el otro mundo, porque quiero que sepas, Sancho, que en el no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es Vuestra Merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de Vuestra Merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desta manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun el apenas le hubo visto, quando se volvió á Sancho y le dixo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre: digolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor

y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche: digo esto, porque si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambriño sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire Vuestra Merced bien lo que dice, y mejor lo que hace; dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó Don Quixote ¿que va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que Vuestra Merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso? dixo Don Quixote: dime ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo ^{veo} veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno parlo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambriño, dixo Don Quixote: apártate á una

parte, y dexame con él á solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso mas eso de los batanes, dixo Don Quixote, que voto... y no digo mas, que es batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que Don Quixote veia, era esto, que en aquel contorno habia dos Lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, si, y así el barbero del mayor servia al menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba; para lo qual venia el barbero, y traia una bacia de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacia sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: ve:

nia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fué la ocasion que á Don Quixote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos: y quando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le entristió con el lanzon baxo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dixo: defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el de darse caer del asno abaxo, y no hubo tocado al suelo quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento: dexose la bacía en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al Castor, el qual viéndose acosado de los cazadores, se tара y corta con los dientes aquello por lo

que el por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo, el qual tomándole en las manos dixo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaxe, y como no se le hallaba dixo: sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza, y lo peor delló es que le faltó la mitad. Quando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, mas vino-sele á las mientes la cólera de su amo, y callo en la mitad della. ¿De que te ríes, Sancho? dixo Don Quixote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dución deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes que imaginó, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de otro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de bar-

bero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion; que yo la aderezaré en el primer Lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada; quanto mas que bien será bastante para defendérme de alguna pedrada. Eso será, dixo Sancho, si no se tira con honra, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le santiguaron á Vuestra Merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probaré mas en mi vida, aquí sea mi hora: quanto mas que no pienso pobérme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ser á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preve-

nir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la maná nos llevare. Mal christiano eres, Sancho, dixo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábeta que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿que pie sacaste coxo? ¿que costilla quebrada? ¿que cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los Griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes, y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en vértas; pero yo sé de que calidad fueron las vértas y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas: pero dexando esto á parte, dígame Vuestra Merced que haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno par-

do, que dexó aquí desamparado aquel Martino que Vuestra Merced derribo, que según él puso los pies en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbró, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballeria quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: así que Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballeria, pues no se extienden á dexar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas

y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dexándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, bebiéron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, que cortada la cólera y aun la malenconia²⁶, subiéron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volviéron al camino real, y siguiéron por él, á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando, dixo Sancho á su amo: señor; quiere Vuestra Merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograra. Dila, dixo Don Quixote, y

se breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que Vuestra Merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de Vuestra Merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de Vuestra Merced) que nos fuésemos á servir á algun Emperador, ó á otro Príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio Vuestra Merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de Vuestra Merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderescos; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias

entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quixote; mas ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama, tal que quando se fuere á la corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodeando voces, diciendo: este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna, debaxo de la qual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantesco Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente se parará á las ventanas de su real palacio el Rey de aquel reyno: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus salgan mis caballeros quantos en mi corte están á recebir á la flor

de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber como ni como no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde allí le llevarán sin duda á algun quarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra: y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto: venida la noche cenará con el Rey, Reyna, é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y

ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este Rey ó Príncipe ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: daríselo el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le hace: y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella

duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia: suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogará la Princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha el con muchos juramentos; tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida; vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: dicenle, habiéndose²⁷ despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifesto de su

pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vásele á decir á su señora, la qual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de Reyes ó no: asegúrala²⁸ la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto²⁹ Real y grave: consuélese con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que Reyno; porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la Infanta, queda Rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego

el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por Vuestra Merced, llamándose: *El Caballero de la Triste Figura*. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores: solo falta ahora mirar que Rey de los christianos, ó de los paganos tengan guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ó por lo ménos primo segundo de Emperador: porque no me querrá el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy

enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo, unos que traen y derivan su descendencia de Principes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides: otros tuviéron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia, en que unos fuéron que ya no son, y otros son que ya no fuéron, y podria ser yo destes que despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí en-

tra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata, que riego de hombres buenos: dígolo, porque si el señor Rey suegro de Vuestra Merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como Vuestra Merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reyno, el pobre escudero se podrá estar á dientes en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el Cielo ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legitima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió Don Quixote, como yo desco, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea

quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada, porque en haciéndote Conde cádate ahí caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar Señoria mal que les pese. Y móntas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Díctado ^{es} has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia, que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradía. ¿Pues que será quando me ponga un ropón ducal á cuegas, ó me vista de oro y de perlas á uso de Conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dixo Don Quixote, pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo mé-

nos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Que hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mi como caballerizo de Grande. ¿Pues como sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que como aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras del: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que asi puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no viniéron todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero Conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de Vuestra Merced se quede

el procurar venir á ser Rey, y el hacermelo Conde. Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vio lo que se dirá en el siguiente capitulo.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capitulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dixo: esta es cadena

de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. ¿Como gente forzada? preguntó Don Quixote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolución, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Así es, dixo Sancho. Pues desta manera, dixo su amo, aquí encaxa la execucion de mi oficio, destacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta Vuestra Merced, dixo Sancho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno de ellos

en particular la causa de su desgracia: añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aqui el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas, ni á leellas, Vuestra Merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerias. Con esta licencia, que Don Quixote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que porque pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no mas? replicó Don Quixote: pues si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que Vuestra Merced piensa, dixo el galeote, que los míos fuéron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abraqué conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo

lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabóse la obra. ¿Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero y dixo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues como? repitió Don Quixote ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda su vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente *non santa*, confesar en el tormento: á este pecador le diéron tormento y confesó; su delito era ser quatero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amén de doscientos

azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aqui van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delinquente, que está en su lengua su vida, ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mi tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quixote, el qual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el qual de presto y con mucho desenfado respondió y dixo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: digolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que Vuestra Merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera

en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el qual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dixo: este hombre honrado va por quatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa por que le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. Á no haberle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser General de ellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía exercer sino gente muy bien na-

cida, y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á ménos, pagecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha; quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer

algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hehucero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dexar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito, el qual respondió con no ménos, sino con mucha mas gallardia que el pasado: yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parente-

la tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consenti, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si Vuestra Merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrémos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de Vuestra Merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente arado que los demas, porque traía una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pie de amigo, de la qual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas.

xij

radas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote, que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondiòle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros del, sino que temian que se les habia de huir. ¿Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dixo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamó, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como Voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladrón de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien

parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dixo la guarda. Si llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el comisario, que el mesmo ha escrito su historia, que no hay mas que descar, y dexa empeñado el libro en la cárcel en docientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en docientos ducados. ¿Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórnes, y para todos quantos de aquel género se han escrito, ó escribieron: lo que le se decir á Voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y como se intitula el libro? preguntó Don Quixote. *La Vida de Gines de Pasamonte*, respondió el mismo. ¿Y está aca-

bado? preguntó Don Quixote. ¿Como puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que esta escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil parece, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le diéron esa vara para que maltratase á los pobres que aqui vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Magestad manda: si no por vida de..... basta, que podría ser que saliesen algun dia en la colada las manchas

que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se puso en medio, y le rogo que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua, y volviéndose á todos los de la cadena, dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carisimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo qual se me representa á mi ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo (y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en el la orden de caballería

que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y oprimidos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya caído uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mamedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros, y quando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadera, respondió el comisario: bueno está el donayre con que ha salido á cabo de rato: los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tu-

viéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase Vuestra Merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió Don Quixote; y diciendo y haciendo arremetió con el tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian encañados. Fue la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en

la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fuéron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciöse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa Hermandad, la qual á campana herida saldría á buscar los delinquentes, y así se lo dixo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dixo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recebido, en pago del qual quer-

ria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su Caballero el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisieredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dixo: lo que Vuestra Merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que Vuestra Merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montaje de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave Marias y Credos, que nosotros diremos por la intencion de Vuestra Merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo, ó reposando, en paz, ó en guerra; pero pen-

sar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo Don Quixote (ya puesto en cólera) den hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamis, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestras. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, (estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido como el de querer darles libertad) viéndose tratar ^{de} de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrámbos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quixote, que no le acertasen no sé quantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que diéron con él en el suelo: y apenas hubo caído quando fué sobre él el estudiante,



Andrés y José Cuervo de la Alcazar *Escuela Francesa de grabado de París*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y le quitó la bacía de la cabeza, y dió-
le con ella tres ó quatro golpes en las es-
paldas, y otros tantos en la tierra, con
que la hizo ³³ pedazos: quitáronle una ro-
pilla que traía sobre las armas, y las me-
dias calzas le querían quitar, si las grevas
no lo estorbaran. A Sancho le quitáron el
gaban, y dexándole en pelota, repartiend-
o entre sí los demas despojos de la ba-
talla, se fuéron cada uno por su parte,
con mas cuidado de escaparse de la Her-
mandad que temian, que de cargarse de
la cadena, é ir á presentarse ante la se-
ñora Dulcinea del Toboso. Solos quedáron
jumento y Rocinante, Sancho y Don Qui-
xote, el jumento cabizbaxo y pensativo,
sacudiendo de quando en quando las ore-
jas, pensando que aun no habia cesado la
borrasca de las piedras que le perseguian
los oidos: Rocinante tendido junto á su
amo, que tambien vino al suelo de otra
pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de
la santa Hermandad: Don Quixote meli-
nísimo de verse tan mal parado por los
mismos á quien tanto bien habia hecho. ®

CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dixiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará Vuestra Merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor, porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres coharde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porqué no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme

de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónçes, y desde entónçes para ahora te desmucuto, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dixeres, y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aqui solo no solamente á la santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce Tribus de Israel, y á los siete Mancebos, y á Cástor, y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepieuta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante.

te, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que le juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo ménos todos aquellos que durase el malotage que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbré de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena por virtud y locura de Don Qui-

xote se habia escapado, llevado del miedo de la santa Hermandad de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dexó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio, el qual viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quixote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente

sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganaba cada día, mediaba yo mi despensa. Don Quixote que vió el llanto, y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dexado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quixote la merced que le hacia, el qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansese á la memoria los maravillosos acacimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embelbecido y transportado en ellas que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, sentado á la mugeriega¹¹ sobre su jumento, sacando de un costal, y embaulando en su panza: y no se le diera por

hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caído en el suelo, por lo qual se dió prisa á llegar á ayudarle si fuese menester, y quando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease¹² á tomarlos, y mandole su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dixo: bendito sea todo el Cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho, y buscando mas, halló un librito de memoria ricamente guarnecido, este le pidió Don Quixote, y mandole que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbaliando á la balija de su lencería, la

puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: parece-me, Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y saltándole malandrines le debieron de matar, y le truxeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dexaran aqui este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, verémos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en el escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

*Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si Amor es Dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un Dios no sea cruel: ¿pues quien ordena
El terrible dolor que adoro y siento?*

*Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del Cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.*

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Que hilo está aqui? dixo Don Quixote. Parece-me, dixo Sancho, que Vuestra Merced nombró ahí hilo. No dixe sino Fili, respondió Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á Vuestra Merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quixote, y veráslo quando llesves una carta escrita en verso de arriba abaxo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es que las

coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas Vuestra Merced, dixo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quixote, y dixo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote. Pues lea Vuestra Merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decía desta manera:

Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte; que las razones de mis quejas. Desecháteme yo ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud sufra riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendí que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y hazia el Cielo que los enyaños de tu esposo estén siempre encubiertos, por que tú no quedas arrepentida de lo que hiciste²⁰, y yo no tome venganza de lo que no desto.

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: ménos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdenguado amante: y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores; favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta sin dexar rincón en toda ella ni en el coxin, que no buscasse, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran descao quedó el Ca-

ballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligere-

za que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxín y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de Vuestra Merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil generos de sobresaltos y visiones: y sirvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mi poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, ro-

dearémos esta serrezuela, quizá toparemos aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió: harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el Rey me hacía franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quixote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselo: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalte, por la que á mí se me quitará si le hallo: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado ¹⁹ jumento: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo qual confir-

mó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del coxín. Estándola mirando, oyéron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Diole voces Don Quixote, y rogóle que baxase donde estaban. Él respondió á gritos, que quien les había traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho, que baxase, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quixote, sino á un coxín y á una maletilla, que no léjos deste lugar hallámos. También la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el

diablo sutil, y debaxo de los pies se levanta alombre cosa donde tropiece y caya, sin saber como ni como no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dexé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote: sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dixo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses poco mas á ménos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo coxín y maleta que decís que hallásteis y no tocásteis: preguntónos que qual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: diximosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de como habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos,

dexándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónçes nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del ható, y le quitó quanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallámos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos nos diéron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dixese quien

era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que quando hubiese menester el sustento, sin el qual no podia pasar, nos dixese donde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En quanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dixo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habiamos visto la vez primera, y qual le veíamos entónces, porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesés y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró

y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en que habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas el nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste³⁹, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traydor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre

estos xarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturáramos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque quando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo tonia á puñadas, y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinámos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quien es, quando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de

su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza, como desmudez (que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el qual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quixote que un colete hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traia no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero

con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuyo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolución, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morana.

Dice la historia, que esta grandísima la atención con que Don Quixote escuchaba al astroso Caballero de la *Sierra*, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,

señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que

con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuyo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolución, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morana.

Dice la historia, que esta grandísima la atención con que Don Quixote escuchaba al astroso Caballero de la *Sierra*, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,

señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que

me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morais entre ellos, tan ageno de vos mismo qual lo muestra vuestro traje y persona: y juró, añadió Don Quixote, por la orden de caballeria que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tomarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darne á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aqui se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le diéron, como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba, y

en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxéron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acercó el número de las cabras que habian pasado el río, y se quedó la historia pendiente: però volviendo al Roto, prosiguió diciendo: esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que él traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas,

puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme, tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mi con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que quando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro

linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y quantos villetes la escribí! ¡quan regaladas y honestas respuestas tuve! ¡quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legitima espo-

sa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que sien- do mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decía, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dixese, y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual ántes que yo le dixese palabra me la dió, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé, y leí la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba, que quería que fuese com-

pañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando oí que mi padre me decía: de aqui á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegose el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, dixele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me quería: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba, fui dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo

quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxéron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo, y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decir-

le el caso al Duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto, se rezelo y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia, y así por divertirme y engañarme, me dixo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al Duque, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, quando movido de mi afición, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pudiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos, y

quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con titulo de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por último fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornáron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis descos, de los quales di cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia

encubrir nada: alabéle la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: viola en sayo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura, y para encenderle mas el deseo, (que á mi me zelaba, y al Cielo á solas descubria) quiso la fortuna, que hallase un día un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dixo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con quantas justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer^{lo}, y á rezelarme dél, porque no se pasaba

momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática, aunque la truxese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acació pues, que habiendome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No hubo bien oído Don Quixote nombrar libro de caballerías, quando dixo: con que me dixera Vuestra Merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exágeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber en-

tendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que Vuestra Merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donayre, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda, de quanto quiera Vuestra Merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí, que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdóneme Vuestra Merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interrromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que aho-

ra hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dixo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese, ó creyese, sino que aquel bellacozo del maestro Elisabat estaba amancebado con la Reyna Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha colera Don Quixote (y arrojóle, como tenia de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaqueria por mejor decir: la Reyna Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotras, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pie, ó á caballo, armado, ó desarmado, de noche, ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábele mirando Cardenio muy atentamente, al qual

ya habia venido el accidente ⁴⁴ de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido: ¡Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mesmo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse apotreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles

avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero: déxeme Vuestra Merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al cabrero, si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviere mucho por aquellos contornos, no dexaría de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltrán.

Despidióse del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento⁴² de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: señor Don Quixote, Vuestra Merced me eche su bendición, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa; y á mi muger, y á mis hijos; con los quales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer Vuestra Merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaban, como hablaban en tiempo de Guiso-

pete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala venturaz que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y mantecamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entendiò, Sancho, respondió Don Quixote, tú mueres, porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de ese salvo conduto, digo ¿que que le iba á Vuestra Merced en volver tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó que hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si Vuestra Merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. Á fe, Sancho, respondió Don

Quixote, que si tú supieras como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo sé que dixeras que ruve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron: porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una Reyna esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dixo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á Vuestra Merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda: pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro

como fué la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes, porque fuera de haber sido hermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabar le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su mancha, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen ¿que me va á mí? y muchos piensan, que hay tocinos, y no hay estacas: mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixéron. Valame Dios, dixo Don Quixote, y que de necesidades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos, á los refra-

nes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétese en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus ⁴³ cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho: y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de Vuestra Merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de tal manera podía acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dixo Sancho. Si, dixo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria; y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Ho-

mero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dexar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que de baxo de la bandera de amor y de la caballeria militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballeria: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró, desdefiado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mi mas fácil imitarle en esto, que en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar arma-

das y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos ⁴⁴, no hay para que se dexee pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto ⁴⁴, dixo Sancho ¿que es lo que Vuestra Merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aqui del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniere á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino

de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero Vuestra Merced ¿que causa tiene para volverse loco? ¿que dama le ha desdefiado? ¿ó que señales ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con moro, ó christiano? Ahí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, que hiciera en mojado; quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexes tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi

fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia, y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada: así que de qualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho; traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que Vuestra Merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me dice de caballerias, y de alcanzar reynos é imperios, de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamarémos, porque quien oyere decir á Vuestra Merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias; que ha de pensar, sino que quien tal di-

ce y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mesmo que denantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mi el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas

de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fé que si le conociera, que nunca él le dexara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldán que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio; este es el lugar, ó Cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos ⁴⁶ y profundos suspiros moverán

á la continua las hojas destes montáraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. Ó vosotros, quien quiera que seáis, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luega ausencia, y unos imaginados zelos, han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Ó vosotras Napeas, y Driadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturbén jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os conseís de oílla. Ó Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el Cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi se se le debe. Ó solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el

blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, o caballo tan extremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenlbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su albanza: pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le deslbardara, pues no habia para que, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo quando Dios quería: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de Vuestra Merced va

de véras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré, ni quando volveré, porque en resolución soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo, que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire Vuestra Merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y sería yo de parecer, que ya que á Vuestra Merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas

en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y dexeme á mi el cargo, que yo diré á mi Señora, que Vuestra Merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quíerote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico, ni del fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdiéron en el las hilas y todo, y ruegole á Vuestra Merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar, se me revuelve el alma, no que el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por

vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi Señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á Vuestra Merced deste purgatorio donde le dexo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo que quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale del, ni puede, lo qual será al revés en Vuestra Merced, ó á mi me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necesidades y locuras (que todo es uno) que Vuestra Merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo, y sacaré á Vuestra Merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir del, la qual

como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno; ni creo que Vuestra Merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste Figura: ¿pero que harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinosa tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y será bueno, ya que no hay papel, que la escribiesemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer Lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi Sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso, que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbré destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho: ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan

bien una barra, como el más forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por Señora: ¡O hi de puta, que rejo que tiene, y que voz! sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zigales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyéron, como si estuvieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe Vuestra Merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querría ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre: y confieso á Vuestra Mer-

ced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente, que la señora Dulcinea debía de ser alguna Princesa de quien Vuestra Merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que Vuestra Merced le ha enviado, así el del Vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que Vuestra Merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado; que se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que Vuestra Merced envia, y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese ⁴³ y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que

una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como Vuestra Merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota, como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos, en quien Vuestra Merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donayre y desenvoltura: Vuestra Merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra: si que no todos los poetas que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su albedrio les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú, que las Ama-

riles, las Fides, las Silvias, las Dianas, las Galateas ⁴⁹, las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendadas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fuéron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto ⁵⁰ á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion del para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo, porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre, ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Ele-

na, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene Vuestra Merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado, pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabandola, llamó á Sancho y le dixo, que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. Á lo qual respondió Sancho: escribala Vuestra Merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso digamela Vuestra Merced ^{si}, que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote á Dulcinea del Toboso.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magier que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte.

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesa á mí, y como que le dice Vuestra Merced ahí todo quan-

to quiere, y que bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad, que es Vuestra Merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea pues, dixo Sancho, ponga Vuestra Merced en esotra vuelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dixo Don Quixote, y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

Mandaré Vuestra Merced por esta primera de pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y están á cargo de Vuestra Merced: los quales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos de Agosto deste presente año.

Buena está, dixo Sancho, firmela Vuestra Merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para treientos fuera bastante. Yo me confío de Vuestra

Merced, respondió Sancho: déxeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese Vuestra Merced á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que Vuestra Merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote, que no dirás tú tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á Vuestra Merced, que me dará mucha lástima, y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que Vuestra Merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento, quanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera aborraz el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que Vuestra Merced desea y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si

no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces, y á bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como Vuestra Merced se vuelva loco, sin que ni para que por una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotriqué y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonito soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. A fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dexando esto aparte; que es lo que ha de comer Vuestra Merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. A esto dixo Sancho: ¿sabe Vuestra Merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma

bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando vuelvas, quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aqui hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles quando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió del: y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado: y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quixote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, quando volvió, y dixo: digo, señor, que Vuestra Merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras,

será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de Vuestra Merced. ¿No te lo decia yo? dixo Don Quixote, espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda prisa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dexaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que qual sería mejor, y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas ³³, y hablando entre sí mesmo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que so las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles; pero dexando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente ³⁴, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro un morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? por-

que mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió: y hariale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, según su historia, no fue mas de que por verse desdenado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el Cielo le acurrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es: para que quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara de estos arroyos, los cuales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere: del qual se dirá

lo que del otro se dixo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas: y si yo no soy desechado, ni desdenado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros: mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia pisándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles, y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer, despues que á él allí le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen:

*Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgais,
escuchad mis quejas santas.*

*Mi dolor no os alborote,
aunque mas terrible sea;
pues por pagaras escote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.*

*Es aquí el lugar adonde
el amador mas leal
de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber como, ó por donde.*

*Tráele amor al estriquete,
que es de muy mala ralea:
y así hasta henchir un pipote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.*

*Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entranas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras.*

*Hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole el cogote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.*

No causó poca risa en los que halláron

los versos referidos, el añadidura del *Toboso* al nombre de *Dulcinea*, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á *Dulcinea* no decia tambien el *Toboso*, no se podría entender la copla: y así fué la verdad como el despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmda Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería: y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del 25 *Toboso*, y otro dia llegó á la ventra donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aun-

que llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era siambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraria, ó no, y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: digame, señor Licenciado paquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro aventurero, que habia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo Lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto ³⁰ general de los libros: los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: amigo Sancho Panza: ¿adonde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba: y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia

descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo, en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robó ni mató á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidieronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer Lugar que lie-

gase, á lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Quando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el Barbero, le dixéron que, que le habia sucedido, que tan mal se paraba. Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un estante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿ Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de quatro, ó

cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolole el Cura, y dixole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiesen. Decidla Sancho pues, dixo el Barbero, que despues la trasladáremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No dirá, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo,

proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á Vuestra Merced las manos, ingrata y muy desconocida hormosa*: y no sé que decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escuriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustáron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, para que ellos asimesmo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimesmo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manceamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar: dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo ménos Monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo,

que no podia ser ménos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin insulos, ni insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiráron de nuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oír sus necesidades: y así le dixéron, que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decía, ó por lo ménos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. Á lo qual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querría yo saber ahora, que suelen dar los Arzobispos andantes á sus escuderos. Suelenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó

alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos, y si esto es así, desdichado de yo que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C. ¿que será de mí, si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante. Asi me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir, que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor, que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo haréis como buen christiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda hacien-

do: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que despues le diría la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian, y fué, que dixo al Barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella alligida y menesterosa, y le pediría un don, el qual él no podría dexársela de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viniere con ella, donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que

le suplicaba ansimesmo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian á su Lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la intencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña

donde á la sazón estaba. Cayéron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolution, la ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño llena de faxas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñose por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetose su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mugeriégas, y el Barbero en la saya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roxa y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la

le suplicaba ansimesmo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian á su Lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la intencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breues razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña

donde á la sazón estaba. Cayéron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolution, la ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño llena de faxas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñose por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetose su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mugeriégas, y el Barbero en la saya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roxa y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la

buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan christiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciendoselo al Barbero, le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quixote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No

quiso vestirse por entónces hasta que escurviesen junto de donde Don Quixote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguiéron su camino, guiándolos Sancho Panza, el qual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dexado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dexado á su señor, y en reconociéndole, les dixo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho ántes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho, que no dixese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgracia, que

luego al momento se viniere á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él, que luego se pusiese en camino para ir á ser Emperador, ó Monarca, que en lo de ser Arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenían de aconsejar á su señor fuese Emperador, y no Arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los Emperadores que los Arzobispos andantes: tambien les dixo, que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El

calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo qual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades, y mas quando advirtieron, que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quien menoscaba mis bienes?

Dexdenes.

¿Y quien aumenta mis duelos?

Los zelos.

¿Y quien prueba mi paciencia?

Ausencia.

*De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, zelos y ausencia.*

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quien mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quien consiente mi duelo?

El Cielo.

*De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el Cielo.*

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males ¿quién los cura?

Locura.

*De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
quando los remedios son
muerte, mudanza y locura.*

La hora, el tiempo, la soledad, la voz
y la destreza del que cantaba, causó ad-

miración y contento en los dos oyentes, los
quales se estuvieron quedos, esperando si
otra alguna cosa oían; pero viendo que du-
raba algún tanto el silencio, determinaron
de salir á buscar el músico, que con tan
buena voz cantaba, y queriéndolo poner
en efeto, hizo la mesma voz que no se
moviesen, la qual llegó de nuevo á sus
oídos, cantando este soneto:

SONETO.

*Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impireas salas.
Desde allá quando quieres nos señalar
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Dexa el cielo, ó amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la introncion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discordie confusión primera.*

El canto se acabó con un profundo suspi-
ro, y los dos con atención volvieron á es-
perar si mas se cantaba; pero viendo que

la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan extremado en la voz, como doloroso en los gemidos, y no anduviéron mucho, quando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado, quando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre, quando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, quando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dexase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algun tanto, y mas quando oyó que le habían hablado en su

negocio como en cosa sabida, porque las razones que el Cura le dixo, así lo diéron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el Cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, quan sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor sería, por de ningun juicio, y no sería maravilla que así fuese, porque á mi se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, salto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme

en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á quantos oír la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efetos, y si no me dieran remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogáron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio, ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mesmas palabras y pasos que la habia contado á Don Quixote y al cabrero pocos días atras, quando por ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia

lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte, que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin: y así llegando al paso del billete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estimo, y así, si quisierdes sacarme desta deuda sin executar en la honra, lo podréis muy bien hacer: padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decís y como yo creo.

Por este billete me movi á pedir á Luscinde por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinde en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Dixele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinde, que

era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Lusinda, y que tenía partes bastantes para enoblecier qualquier otro linage de España; sino porque yo entendia del, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hacia conmigo. En resolcion le dixé, que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber quales eran, sino que me parecía, que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. A todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Lusinda. ¡O Mario ambicioso! ¡O Catilina cruel! ¡O Sila facineroso! ¡O Galalon embustero! ¡O Vellido traydor! ¡O Julian vengativo! ¡O Júdas codicioso! Traydor, cruel, vengativo y embustero; que deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿que ofensa te hice? ¿que palabras te dixé, ó que consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho?

Mas; de que me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abaxó despenándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda? ¡Quien pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de encontrar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y atádemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando, que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Puede yo prevenir esta traycion? ¿puede por

ventura caer en imaginarla? No por cierto, ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dixé lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traýcion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaría mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dexaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablabamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el Cielo por señora: exágeraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volviame ella el recambio, alabando en mí lo

que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamnos cien mil niñerías y acacimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendía mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baxa reja que nos dividía; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dexó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenía, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al Lugar donde era enviado: di las cartas al hermano de Don Fernando: fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese,

porque su hermano le escribía, que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dexado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedeci como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los quatro dias que alli llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la habia movido á escribirme, estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quien se la habia dado, y el tiempo que habia tardado en el camino; dixome, que acaso pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dixo: hermano, si sois chris-

tiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego, que encamiéis luego luego esta carta al Lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, toniad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aqui traygo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dixé que haria lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traerla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosela, y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las

piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y vi que contenía estas razones.

La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablaste al mío, la ha cumplido mas ^{de} en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventajá que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas véras, que de aquí á dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los Cielos y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginando: si os cumple venir, veldo, y si os quiero bien, ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos, antes que la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fer-

nando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puse en mi Lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dexé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocía yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quien hay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable ^{de} de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, que así me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el qual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas deter-

minadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondi turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aqui llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo quanto en

la sala se hacía. ¡Quien pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de quatro hachas que en la sala estaban, la

suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria enemiga mortal de mi descanso, de que sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mi que es digna de un largo discurso. A esto le respondi el Cura, que no solo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudeñas que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entro el Cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¡queréis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de

entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡O quien se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, sí, y el acabarse la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Que quieres? ¿que pretendes? Considera que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y quando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó des-

ataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengaño, que en mi provecho redundase, oygo que dixo con voz desmayada y flaca: *si quiero*; y lo mesmo dixo Don Fernando, y dándole el anillo, quedáron en indisoluble nudo ligados. Llegó el despesado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir qual quedé yo, viendo en el *si* que había oído, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó, de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el ayre, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mexilla con mues-

tras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacían, para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrara el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio, fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian: y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde había dexado la mula: hice que me la ensillase, sin despedirme del subí en ella, y salí de la ciu-

dad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mi, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la disculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle, se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dixera que yo era su

esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala elección, que no la disculparan, pues ántes de ofrecerseles Don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos, que hacía donde era lo mas áspero destas sierras. Dixéronme que hacía esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansan-

cio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de si tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuvé no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dixéron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgando-me los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando, y quando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas común habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, mo-

vidos de caridad me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apeteccerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del Lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el Cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traycion de Luscinda y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez: en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos, que los que en mi ha-

beis visto? y no os conseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo o debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los por venir, de que á mi solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y es mas causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyéron que decía lo que se dirá en la quarta ⁶⁹ parte desta narracion, que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Los números arábigos corresponden á los que van espaciados por la obra, y tambien se notan las paginas en que están dichos números.

1. **P**ág. 8. *En fin su segunda parte.* En el capítulo ix. comenzaba la segunda parte de las quatro en que Cervantes dividió el primer tomo. El motivo que la Academia ha tenido para no conservar esta division le ha dicho en su prólogo número v.

2. **P**ág. 10. El epigrafe de este capítulo x. en las primeras ediciones dice: *De lo que mas le avino á Don Quixote con el Vizcaino, y del peligro en que se vió con una turba de Yanguéses.* Pero es error conocido, como consta del contexto de todo el capítulo, en el qual ni se trata ya de la aventura del Vizcaino, que se concluyó en el antecedente, ni de la de los Yanguéses, de la que no se habla hasta el capítulo xv: y el x. no contiene otra cosa que un razonamiento entre Don Quixote y Sancho, por lo qual se ha puesto en la forma que se ve en esta edicion.

3. **P**ág. 30. Con todo esto seria bien. *La segunda:* con todo esto seria bien.

4. **P**ág. 33. Con su ganado y pellico. *La edicion de Londres corrigió: con su cayado y pellico.* Pero haciendo sentido del primer

beis visto? y no os conseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo o debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los por venir, de que á mi solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y es mas causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyéron que decía lo que se dirá en la quarta ⁶⁹ parte desta narracion, que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Los números arábigos corresponden á los que van espaciados por la obra, y tambien se notan las paginas en que están dichos números.

1. **P**ág. 8. *En fin su segunda parte.* En el capítulo ix. comenzaba la segunda parte de las quatro en que Cervantes dividió el primer tomo. El motivo que la Academia ha tenido para no conservar esta division le ha dicho en su prólogo número v.

2. **P**ág. 10. El epigrafe de este capítulo x. en las primeras ediciones dice: *De lo que mas le avino á Don Quixote con el Vizcaino, y del peligro en que se vió con una turba de Yanguescos.* Pero es error conocido, como consta del contexto de todo el capítulo, en el qual ni se trata ya de la aventura del Vizcaino, que se concluyó en el antecedente, ni de la de los Yanguescos, de la que no se habla hasta el capítulo xv: y el x. no contiene otra cosa que un razonamiento entre Don Quixote y Sancho, por lo qual se ha puesto en la forma que se ve en esta edicion.

3. **P**ág. 30. Con todo esto seria bien. La segunda: con todo esto seria bien.

4. **P**ág. 33. Con su ganado y pellico. La edicion de Londres corrigió: con su *cayado* y pellico. Pero haciendo sentido del primer

modo, se ha conservado el texto como está en las primeras ediciones.

5. Pág. 57. Así como la *vís* de edad; no quiso hacerlo sin su consentimiento. La edición de Londres corrigió: así como la *vis* de edad &c. Pero se ha conservado el texto como está en las primeras ediciones por la misma razón que en el pasaje antecedente.

6. Pág. 41. No hay que temer de contrario *accidente*. *La segunda*: no hay que temer de contrario *accidente*.

7. Pág. 47. Sudando, afanando, y trabajando. *La segunda*: sudando, afanando, y trabajando *excesivamente*.

8. Pág. 60. De fieras que alimenta el *libre llano*. *La segunda*: de fieras que alimenta el *Nilo llano*.

9. Pág. 61. No yo desesperado la procuro. *La segunda*: Ni yo desesperado la procuro.

10. Pág. 63. Mil quimeras y mil monstruos. *La segunda*: mil quimeras y mil monstruos.

11. Pág. 65. Como otro desapiadado Nero. *La segunda*: como otro desapiadado Nero.

12. Pág. 68. Si los deseos se sustentan con esperanzas; no habiendo yo dado alguna á Cristiano como ni á otro alguno; *el fin de ninguno dellos*, bien se puede decir, que antes se mató su porfía que mi crueldad. Así se halla este pasaje en todas las ediciones, incluidas las primeras. Pero sobran las palabras: *el fin de ninguno dellos*, ó, lo que es mas regular, faltan otras, que acaso se omitieron por olvido del autor, ó descuido del impresor.

13. Pág. 72. Dando aquí fin la segunda parte. En el siguiente capítulo, que es el *xy*, comienza la tercera parte de las quatro en que Cervantes dividió el primer tomo. Véase lo que sobre esto se ha dicho en el prólogo, número v.

14. Pág. 85. Habia andado algo *destraido*. *La segunda*: algo *distruido*.

15. Pág. 88. Bien podría ser eso. *La segunda*: bien podría ser eso.

16. Pág. 121. Con una letra que dice: *Mian*. *La segunda*: con una letra que dice: *Min*.

17. Pág. 124. Uno de los efectos del miedo. *La segunda*: uno de los efectos.

18. Pág. 135. Donde podré yo como quisiere *esgrimir* mi espada. *La segunda*: donde podré... *esgrimir* mi espada.

19. Pág. 140. Vestidos con aquellas *sobrepellices*. *La segunda*: vestidos con aquellas *sobrepelices*.

20. Pág. 142. No hay para que gastar tiempo y dineros en hacer esa figura. *La segunda*: no hay para que, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura.

21. Pág. 144. Y nos diesen en que entender. *La segunda*: y nos diesen *may bien* en que entender.

22. Pág. 144. El jumento está como conviene, la montaña cerca. *La segunda*: el jumento está como conviene, la montaña *es* cerca.

23. Pág. 148. Yo he oido predicar al Cura de nuestro Lugar, que Vuestra Merced bien conoce. *La segunda*: yo he oido muchas ve-

cer predicar al Cura de nuestro Lugar, que Vucara Merced muy bien conoce.

24 Pág. 164. Por no reventar riendo. La segunda: por no reventar riendo.

25 Pág. 170. Lo que yo veo y columbro. La segunda: lo que veo y columbro.

26 Pág. 177. Y aun la malencuenta. La segunda: y aun la malencuenta.

27 Pág. 182. Diciendo, habiéndose despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita, piensa el caballero que es de pena de su partida. La segunda: diciéndole (habiéndose despedido de los dos) que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita, piensa el caballero que es de pena de su partida.

28 y 29 Pág. 183. Asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como en la de su caballero, sino en subreta Real y grave. La segunda: asegúrala la doncella que no puede caber tanta cortesía... sino en subreto Real y grave.

30 Pág. 187. Dictado has de decir. La segunda: dictado has de decir.

31 Pág. 191. El le respondió. La segunda edición de 1608 dice: el respondió.

32 Pág. 206. Viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela: La segunda. Viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á sus compañeros, y apartándose

á parte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quixote, &c.

33 Pág. 207. Le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres, ó quatro golpes... con que la hizo pedazos. La segunda: con que la hizo casi pedazos. Con la palabra casi añadida en la segunda edición se salva la inconseguencia, en que de otro modo incurriría Cervantes, pues en el capítulo xxv. de esta primera parte, pág. 254 de este tomo II. dice Don Quixote, que el galeote desagradoado quiso hacer pedazos el yelmo de Mambrino, pero no pudo, y en el cap. xxxvii. de la misma parte, pág. 202 del tomo III. dice que salió Don Quixote con el yelmo, aunque abollado en la cabeza.

34 Pág. 212. Iba tras su amo sentado á la mugeriga sobre su jumento, sacando de un costal y embaulando en su panza. La segunda: iba tras su amo cargado con todo aquello que había de cargar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza. Emendó Cervantes en esta segunda edición el olvido que tuvo en la primera, pues habiendo dicho, que Pasamonte la noche antes había robado el rucio á Sancho, á pocos renglones dice, que iba sentado sobre su jumento.

35 Pág. 213. Pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos. Véase la nota 38.

36 Pág. 216. No quedés arrepentida de lo que hiciste. La segunda: de lo que hiciste.

38 Pág. 219. Mandó á Saicho que se apease

se del asno, y atajase por la una parte de la montaña. Véase la nota siguiente.

38 Pág. 220. Siguióle Sancho con su acostumbrado jumento. *La segunda*: siguióle Sancho a pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte. Aquí vuelve á corregir Cervantes en la segunda edición el olvido de la pérdida del rucio de Sancho; pero todavía se devuvió en enmendarle en dos pasajes antes de otro: el uno en la pág. 217. nota 35, y el otro en la pág. 219. nota 37. También se olvidó en la pág. 245. nota 41.

39 Pág. 225. La sin razón que me hiciste. *La segunda*: la sin razón que me hiciste.

40 Pág. 239. Comencé á temer, y á rezclarme del. *La segunda*: comencé á temer, y con razón á rezclarme del.

41 Pág. 243. Al qual ya había venido el accidente. *La segunda*: Al qual ya había venido el accidente.

42 Pág. 243. Mandó á Sancho que lo siguiese, el qual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Véase la nota 38.

43 Pág. 249. Entiende con todos tus cinco sentidos. *La segunda*: entiende con todos cinco sentidos.

44 y 45 Pág. 251. Para semejantes efectos... En efecto. *La segunda*: para semejantes efectos... en efecto.

46 Pág. 256. Mis continos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas de estos montañeses árboles. *La segunda*: mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua estos montañeses árboles.

47 Pág. 260. Se me revuelve el alma, no que el estómago. *La segunda*: se me revuelve el alma, no y quanto mas el estómago.

48 Pág. 261. Ella se rióse y enfadase del presente. *La segunda*: ella se rióse y enfadase del presente.

49 Pág. 267. Las Amarillas, las Filles, las Silvias, las Dianas, las Galteas, las Alidas y otras tales. *La segunda*: Las Amarillas, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galteas y otras tales.

50 Pág. 267. Las fingén por dar sujeto á sus versos. *La segunda*: las fingén por dar sujeto á sus versos.

51 Pág. 268. Digamela Vuestra Merced, que me holgaré mucho de oílla. *La segunda*: digamela, que me holgaré mucho de oílla.

52 Pág. 270. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos de Agosto deste presente año. *La segunda*: Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y siete de Agosto deste presente año.

53 Pág. 275. Amadis en las malencólicas. *La segunda*: Amadis en las malencólicas.

54 Pág. 275. Por las señales que habló en la fuente. Las primeras ediciones dicen: en la fortuna, la de Londres emendó: en la floresta. Pero de entrambos modos está mal, y debe decir: en la fuente, como consta del cap. anterior xxvi. pág. 252. lín. 13. Nota. En el texto dice: una fuente, léase: la fuente.

55 Pág. 279. Saliendo al camino real se puso en busca del Toboso. *La segunda*: se puso en busca del Toboso.

56 Pág. 280. Hicieron el escrutinio y *acto* general de los libros. *La segunda*: hicieron el escrutinio y *auto* general de los libros.

57 Pág. 282. Haber perdido de una mano á otra en un *estante* tres pollinos. *La segunda*: en un *instante*.

58 Pág. 306. La ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho. *La segunda*: la ha cumplido *mucho* mas en su gusto, que en vuestro provecho.

59 Pág. 307. El confuso pensamiento y condición *mutable* de una muger. *La segunda*: el confuso pensamiento y condición *mutable* de una muger.

60 Pág. 318. *Lo que se dirá en la quarta parte desta narracion.* En el capítulo siguiente, que es el xxxviii. comienza la quarta y última parte de las quatro en que Cervantes dividió el tomo primero. Véase el prólogo número v.

UNIVERSIDAD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





